

EL REY DE LOS TERRORES

Homilia exequial predicada por el Canónigo Henry Scott-Holland en ocasión de la muerte del Rey Eduardo VII en la Catedral de St. Paul, Londres, 15 de mayo de 1910.

*Carísimos, ya somos hijos de Dios,
aunque todavía no se ha manifestado lo que seremos.
Mas sabemos que cuando eso se manifieste
seremos semejantes a Él
porque lo veremos tal como es.*

(I Juan, III:2)

Supongo que todos nosotros vacilamos entre dos modos de considerar a la muerte; y que estas dos perspectivas parecen desesperadamente contradictorias entre sí.

En primer lugar, está ese instintivo y conocido horror ante el desastre supremo e irrevocable que significa. Es una cosa como imposible, increíble. Ninguna cosa conduce a ella, ninguna cosa la prepara. Atraviesa simplemente cada una y todas las líneas por donde corre la vida, cortando de cuajo todas las esperanzas de la que se alimenta la vida y da de mano con todas las intenciones que le otorgan sentido a la vida. Todas las cosas que hacemos aquí se convierten en vacuos sinsentidos: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad." Todos van a parar a un lugar, los buenos y los malos, los justos y los injustos, los felices y los infelices, los ricos y los pobres, igualmente arruinados, todos yacen juntos. Todos se han visto cortados por el mismo ciego destino inexorable.

Y así afirmada, resulta inexplicable, tan despiadada, tan torpe— esta muerte con la que hemos de morir. Se nos ha hecho caer en esta trampa cruel. Constituye el foso de la destrucción. Estropea, vence, nos hace añicos. ¿Habrán un final que pueda resultar más indigno, más irracional que éste? Procede con métodos tan cruelmente accidentales, tan malévolamente fantásticos y extraños. Nunca podemos anticipar cuándo o cómo su golpe va a caer. Indudablemente, bien puede que aparezca al fin de una larga vida y cuando la vejez nos ha alcanzado, como un final apropiado de una vida honorable. Y sin embargo, ¡cuán frecuentemente golpea indiscriminadamente como si no tuviese ley que la rija!

Rompe toda nuestra alegría con perfecta indiferencia y desprecio por nosotros. De ella no se obtiene consideración alguna. Una y otra vez aparece tropezando en nuestras vidas como una inicua desgracia, como un irresponsable infortunio. Su sombra cae sobre nuestro soleado natural arrastrándonos hacia algún negro abismo. En la tumba no hay luz ni esperanza; no hay razón para que se nos extraiga de allí. La única realidad es la vida, la única verdad. La muerte no es sino mera ceguera, mera negación. "No puede alabarte el school, ni celebrarte la muerte.... Los vivientes, solamente los vivientes son los que te alaban, como yo te alabo en este día." (Is. XXXVIII:18-19).

Así clamaba la Escritura, tanto tiempo atrás. Y así clamamos nosotros dando así voz a nuestra furiosa protesta, a nuestra amarga angustia, mientras el antiguo problema reafirma su antigua tiranía sobre nosotros en este día. Es natural que el hombre se muestre sobrecogido. Y la Palabra de Dios reconoce esto dándole vigorosa expresión.

Y, con todo, existe otra apariencia con la que muerte bien puede presentarse ante nosotros. Es la que nos asalta al principio, tal vez, cuando contemplamos el rostro apacible, tan frío y tan pálido, de uno que ha estado muy cerca nuestro y que hemos querido tanto. Allí yace en posesión de su propio secreto. Lo sabe todo. Eso nos parece. Y lo que aquel rostro parece decirnos en su dulce silencio constituye como un último mensaje de aquel que hemos querido, como si nos dijera: "La muerte no es nada. No tiene importancia. Sólo me he escabullido disimuladamente hacia la habitación de al lado. No ha pasado nada. Todo permanece exactamente como estaba. Yo soy yo yo, y tú eres tú, y la vieja vida que hemos vivido juntos, queriéndonos tanto, permanece intacta y no ha cambiado para nada. Sea lo que fuere lo que representábamos el uno para el otro, eso continúa. Llámame por mi viejo y conocido apodo. Habla de mí con la manera distendida que siempre usaste. No cambies de tono. No adoptes un artificioso aire de solemnidad o de duelo. Ríe como siempre nos reímos de aquellas pequeñas bromas que disfrutábamos juntos. Juega, sonríe, piensa en mí, reza por mi alma. Que mi nombre siga siendo el clásico apelativo que siempre fue. Que se lo pronuncie sin esfuerzo, que resuene sin el fantasma de una sombra siquiera. La vida significa lo que siempre significó. Permanece como siempre. Hay una continuidad absoluta sin solución de continuidad. ¿Qué es esta muerte

sino un accidente insignificante? ¿Por qué estaría lejos de tus pensamientos por el sólo hecho de permanecer invisible? Sólo te estoy esperando, durante un tiempo, en algún lugar muy cercano, a la vuelta de la esquina. Todo está bien. No hay lastimadura en cosa alguna; nada se ha perdido. Un breve momento y todo estará como lo estaba antes. ¡Y cómo nos reiremos de las penas de la partida cuando nos reunamos una vez más!"

Así habla aquel rostro. Seguramente que cuando hablamos así nos parece ver una sonrisa bailando sobre él; una sonrisa como de leve diversión ante el truco que se hace a nuestra costa con lo que parece la muerte. No es la muerte; nadie está muerto. Sería ridículo suponer otra cosa. ¿Qué tiene que ver con nosotros la muerte? ¿Cómo puede ser que nos muramos? Todo lo que nos importó y que amamos continúa existiendo. La muerte física no tiene sentido alguno, no tiene relación ninguna con todo eso. La razón se resiste a vincularlos. No existe un término común. Nada de lo que vemos ahora en esta materia muerta que yace ante nuestros ojos representa o incluye aquello que estaba o está vivo. Aquello que amábamos no está ahí. Eso es todo. Se ha caído. Se ha evadido disimuladamente. De eso estamos tan seguros como de nuestra propia identidad. No podemos concebir otra posibilidad. Tanto la razón cuanto la imaginación lo repudian.

Y mientras estamos allí de pie, la muerte parece bien poca cosa. Lo que importa dende veras es la vida con su calidad moral, sus características personas, su encanto vívido e intenso, sus experiencias individuales, su historia personal; el tono de su voz, la presión de su presencia sentida tan seguramente en este momento como una vez se la sintió a través del ojo o de la mano; la ternura, la belleza, la fuerza de la voluntad viviente—sus faltas, y sus luchas, y sus victorias, y su madurez y su estremecido afecto. ¿Qué tiene que ver la muerte con todo eso? Constituyen nuestra posesión inmortal.

*Aún se oyen vuestras agradables voces,
vuestros ruiseñores en vela.
Pues si la muerte se lleva todo,
a estos no se los puede llevar.*

No hay ninguna ruptura, no se establece ningún golfo. Podemos enviar nuestros

corazones más allá de la frontera silenciosa hacia la tierra secreta. Conversamos con aquellos que se han alejado. No se corta ningún lazo. Ellos lo saben, nosotros lo sabemos. Los vínculos espirituales permanecen. Podemos conformarnos con enterrar a este pobre cuerpo, dejarlo atrás, fuera de nuestra vista. No hay nada en él que realmente importe. En su presencia, podemos mantenernos en pacífico silencio. No hay necesidad ninguna de una desesperada aflicción. Todo lo que importa continuará como si la muerte nunca hubiese sido.

¿Por ventura no os ha ocurrido de sentirnos así velando al lado del lecho? Pero, claro, no podemos mantenernos en semejante estado. ¡Helás!, pasará. El largo y horrible silencio que sigue cuando cobramos conciencia de lo que hemos perdido en el trato diario con el retiro de una presencia inmediata, se abrirá como una llaga hacia el fondo de nuestro corazones. Hallaremos que nos resulta imposible mantenernos en semejante estado de ánimo sin una palabra, sin una sola señal que nos garantizara y reasegurara de que así son las cosas. El velo en blanco continuará colgando, incólume. ¡No se nos otorga un atisbo siquiera de aquel mundo más interior, más allá de éste! ¡Cuán oscuro todo, cuán inflexible esta absoluta falta de evidencia tangible para fundar aquello que creemos con absoluta certeza! Una vez más, el viejo terror descenderá sobre nosotros. ¿Qué es lo que sucede allá? ¿De qué se ocupan los muertos? ¿Dónde están? ¿Cómo representárnoslo? ¿Cómo hablar de eso? Todo parece una ciega, lúgubre, indecible oscuridad. Tanteamos en vano. En vano esforzamos los ojos. "Oh, que la muerte es, después de todo, una cosa temible", nos decimos con el viejo y avergonzado temor que se aferra a lo que nos resulta familiar y que aborrece todo lo que se encuentra más allá del mojón de lo conocido.

Sí, es cierto, pero aun así, aquel otro ánimo elevado y espiritual que supimos experimentar fue una cosa real, por mucho que haya pasado. Fue una experiencia verdadera; nos otorgó una inteligencia auténtica. Entonces estábamos más dispuestos a obtener una mejor comprensión del real corazón de las cosas mientras permanecíamos junto al lecho del muerto en una suerte de exaltación espiritual, con cada una de nuestras facultades elevadas a su máximo nivel—mucho más que ahora, cuando la rutina de los días nos arrastra, nos sumerge, nos fatiga, nos quita el ánimo y nos descorazona. Por tanto, constituye un razonable acto de fe defender nuestra experiencia más elevada, aseverar su validez, por

mucho que su luz haya empalidecido y ya no ilumine de igual modo nuestras vidas mientras nos hemos vuelto a sumergir en las tinieblas. Por mucho que hayamos vuelto al crepúsculo de los valles, con todo siempre recordaremos aquel momento en el que nos erguimos sobre las colinas iluminadas por el sol y contemplamos los horizontes en lontananza. Fue entonces que le dimos a la vida y a la muerte su verdadero valor. Aquel vislumbre no puede ser refutado ni desacreditado; aun cuando la perspectiva contraria no puede ser rebatida, y por más que aún siga tratando de imponer su conclusión con penetrante insistencia.

Nuestra tarea consiste en no negar ninguno de aquellos juicios, sino en combinar ambos. Ambas contrastantes experiencias son igualmente reales, igualmente válidas.

¿Cómo reconciliarlos? Esa es la cuestión. Sólo mediante su reconciliación todas las aristas de nuestra experiencia humana se pueden conservar apropiadamente. ¿Y cómo se hará semejante cosa? ¿Acaso no es mediante la idea de la maduración? Estamos pasando por un proceso en desarrollo y nuestra condición sobre la tierra no es sino una condición preliminar. Y esto no puede sino significar que en cierto sentido lo sabemos todo sobre lo que tenemos ante la vista; y que, en cierto sentido, no sabemos absolutamente nada.

"Carísimos, ya somos hijos de Dios, aunque todavía no se ha manifestado lo que seremos". Piénsenlo bien. Ahora somos hijos de Dios. Eso lo sabemos de cierto. Y constituye una experiencia absoluta y directa. Y eso significa que ya somos, desde ahora, aquello que seremos luego. "No hay otro mundo". Así se expresó el torcido espíritu de Voltaire. Pero lo que él no sabe es que "el otro mundo" ya ha venido aquí. Ya está aquí, con nosotros. Sus poderes nos pertenecen. Disponemos de sus recursos. Hemos nacido en ese mundo, nacido de su espíritu, nacidos a la libertad. Dentro nuestro su secreto mora, habitándonos en germen. "Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios." Los canales están abiertos; hay comunicación de uno y otro lado.

Por tanto, no es un mundo que desconocemos, aquel al que accederemos cuando fallezcamos, sino que es ese mismo conocido mundo interior en el que hemos conversado y convivido. Por lo tanto, desde este punto de vista, la muerte no es más que un accidente.

Nada se rompe de nuestra continuidad vital. Lo que seremos allá será la continuación inevitable y el desarrollo de lo que somos aquí y ahora. Simplemente continuaremos siendo lo que ya somos, sólo que sin disfraz, sin reservas. Usaremos las mismas fuerzas, viviremos de acuerdo a los mismos métodos, seremos gobernados por los mismos motivos, llevaremos a cabo la misma intención. Somos lo que seremos. Y aquí está la razón por la que, al lado de nuestros muertos, sabemos que para ellos nada ha cambiado. Habremos de usar el mismo lenguaje de antaño, pensaremos de ellos con los mismos modos, los seguiremos con nuestra íntima y habitual familiaridad. Sí, puesto que son lo que eran. La muerte no cuenta.

Y sin embargo, y sin embargo "todavía no se ha manifestado lo que seremos". "Todavía no se ha manifestado." ¡Ah! ¡Cuán terriblemente cierto es eso! Pues incluso considerando que no hay nada más cierto que esto de que este estado que adquiriremos será consecuencia de un crecimiento de aquello que somos ahora, con todo no podemos contar ahora con una noción anticipada de qué cosa es eso en realidad.

No vemos nada hacia adelante. No nos llega la menor pista como para interpretarlo. ¿Cómo imaginarlo? ¿Cómo darle expresión concreta y actual? Miramos y volvemos a mirar, y el abismo se nos revela como ennegrecedor y negro. La muerte cierra la puerta y la deja bien trabada. Más allá de la oscuridad esconde su impenetrable secreto. ¡De allí no procede ni el más mínimo sonido! ¡No nos llega ningún grito! ¡Mudo! ¡Aquel terrorífico silencio permanece mudo como la noche! "Todavía no se ha manifestado." Por mucho que miremos, no se nos ocurre nada sobre eso. Eso que seremos, el hecho mismo que será el resultado inevitable de lo que somos, es cosa que nos aterroriza tanto como nos consuela. ¡Helás! ¿Qué terminaremos siendo? ¿Qué apariencia tendrá la desembocadura de nuestros días sobre la tierra? ¿Quién puede decirlo? Y de aquí que nos da miedo salir a la noche solos, llevándonos nuestro irrevocable pasado—ser modificados no sabemos cómo, permanecer en nuestra alarmante identidad cuando se opere la metamorfosis, ser nosotros mismos por siempre jamás bajo circunstancias inimaginables que ninguna experiencia por la que hemos pasado nos permite anticipar ni adivinar siquiera. Terrible, la oscuridad, el silencio de la aventura desconocida. No sabemos nada de lo que nos

acontecerá. Todo lo que sabemos es que todo lo que ya es nuestro, que nos pertenece por la experiencia de la vida, por íntima adhesión, habrá desaparecido. El calor de la presente compañía, el confort de los viejos hábitos familiares, la amante intimidad de profundas y muy queridas asociaciones, la tierna presencia de esta tierra amable, el júbilo, el amor, las manos que tocan, las voces que encantan, el corazón que late. ¡Ah! ¡Ay, ay! Todo eso debe ser entregado, rendido. Salimos hacia afuera desnudos de todo lo que nos ha hecho inteligibles a nosotros mismos, y no se ha manifestado lo que seremos. La muerte, pues, por fuerza tiene que retener su terror, aunque no sea más que una etapa de nuestro crecimiento, el terror de lo desconocido, el terror del acabóse de todo lo que hasta ahora han sido las pulsaciones de nuestra propia vida.

Y con todo, queridos hermanos, si fuéramos capaces de traer a la memoria esta noción de crecimiento, entonces seríamos perfectamente capaces de permanecer ignorantes en cuanto a lo que nos espera; seríamos capaces de vivir sólo en función de la hora presente. Nos podríamos dar el lujo de dejarnos desnudar de nuestra investidura terrena y salir hacia el silencio desnudo del más allá, porque, toda vez que somos hijos de Dios, nos hemos apropiado de los poderes que precisamente nos valdrán en aquellas desconocidas tierras. Ya estamos equipados con lo que, pase lo que pase, podemos necesitar. Contaremos con recursos que encontrarán su utilidad en las extrañas circunstancias del mundo invisible. Si somos veraces con nosotros mismos, nunca nos hallaremos faltos de nada. Si nos aferramos a los dones que Dios ya nos dio, nunca podremos fallar. El método con el que controlamos la vida aquí y ahora es el mismísimo método que nos valdrá entonces. La fortaleza que hoy nos sostiene, probará ser la fortaleza que necesitaremos entonces. Recurriremos a las mismas fuerzas, nos apoyaremos en las mismas garantías, nos alimentaremos de la misma comida, creceremos mediante procesos análogos, seguiremos las mismas leyes, rezaremos las mismas oraciones, nos alegraremos con las mismas esperanzas, hablaremos el mismo lenguaje. Todo lo que es nuestro ahora, nos pertenecerá entonces. Pues resulta que ya somos hijos de Dios; ya estamos en Jesús; ya pertenecemos a su Cuerpo; ya vivimos por su vida y comprobamos su perdón y su paz. El Jesús que vemos y conocemos ahora es el Jesús que todavía veremos y conoceremos entonces; sólo que, al verlo de más cerca, nos convertiremos en seres más parecidos a Él; puesto que lo conoceremos más, seremos más precisamente conformados a su

imagen.

¿Y bien? ¿Hace falta saber más? ¿Por qué habríamos de temer la gran aventura? Ahora contamos con Jesús, e incluso ahora nos podemos disponer mejor para acercarnos más a Él. Podemos empezar a purificarnos ya que Él es puro, conformarnos más perfectamente a Él con la esperanza cierta de que al final seremos tal como Él es.

Mis hermanos, hoy estos dos estados de ánimo que hemos intentado poner en palabras nos pertenecen de manera muy particular—el ánimo violentamente a la retranca ante tanto miedo, el ánimo continuo de serena paz.

Hoy la blanca luz de Pentecostés se derrama a nuestro derredor, y sabemos que poseemos las primicias del Espíritu. Y sin embargo la blanca luz se estrella contra la negrura de un ataúd, expuesto ante la vista de todo, para encarnar el desastre irreparable de una muerte que ha tocado el corazón de nuestra vida nacional. En siniestro silencio el ataúd yace allí bajo los rayos del sol y la pompa misma que le confiere el Estado torna su silencio más siniestro aún. Consternados, nos acercaremos discretamente mientras yace en Westminster Hall, donde se lo vela. ¿Es esto cuanto queda? ¿Así acaba el esplendor real de su vida? ¡Ah, entonces sí que la muerte es una cosa terrible! Es ciega. Es muda. Es estúpida. ¿Qué tiene en sí misma? "Aún no sabemos lo que seremos." "No sabemos." Nada podemos decir acerca de la metamorfosis que sufrirán los muertos. Pues, por cierto, se trata de una mudanza. "Seremos como Él." ¿Y qué no involucrará semejante cosa? ¿Qué purgaciones? ¿Qué limpieza? ¿Qué porcentaje de nosotros que ahora es parte y envoltura de nuestra naturaleza deberá abandonarse, será cortada, si hemos de ser algún día como Él? "Lo veremos tal como es." Así dice el texto. ¿Podremos, ustedes y yo, soportar verlo así? ¿Nos atreveremos a una aventura tan tremenda? ¿Quién podrá soportar semejante visión y no morir? ¿Quién no retrocederá ante una prueba tan feroz?

De manera que esta experiencia desconocida que nos espera del otro lado está cargada de terror por lo desconocido. Al contemplar todo el solitario ataúd nos replegamos mientras esperamos el entierro, el símbolo del desastre. ¡Oh si fuera posible que se nos dejara en las circunstancias que ahora nos son familiares! No serán óptimas, pero por lo menos nos resultan conocidas. Son las nuestras. Nos

aferramos a ellas con la desesperación de la costumbre. En lo que respecta al otro lado del río, bien puede que esté lleno de maravillas y gozos. Pero no podemos estar seguros. "No sabemos lo que seremos." Si no quedara más que aquel negro ataúd, entonces nos quedaríamos con estos enceguecidos pensamientos.

De modo que aquel negro ataúd abriga su negro secreto. Mas sobre él y a su alrededor la luz del tiempo de Pentecostés pareciera inundarlo todo barriendo todos nuestros temores. ¿Por qué hemos de temer? ¿Acaso no contamos con el don del Espíritu? ¿Acaso no ha aparecido sobre nosotros como un fuerte viento? ¿Por ventura no vive en nuestros corazones como un fuego? Ciertamente que se ha convertido en nuestra propia posesión, se ha hecho uno con nuestra mismísima vida. Y el Espíritu que ahora poseemos es Él mismo, la Vida de toda Vida, la Vida de la Vida más allá de la muerte. Se trata de la Vida Eterna de Dios. Y sin embargo está aquí, como arras del más allá, como promesa y recompensa de todo cuanto nos espera. Qué cosas nos esperan, no sabemos. ¿Y por qué habríamos de saberlo? Para saberlo, tenemos que esperar hasta que llegue el tiempo de experimentarlo. Mas, sea lo que sea, será el resultado de lo que somos. Será la obra del mismo Espíritu que obra en nosotros hoy mismo.

Y con el poder del Espíritu ya hemos pasado de la muerte a la vida. La muerte está detrás nuestro, no delante. "Estáis muertos." "Hemos sido bautizados por el Espíritu en Cristo Jesús, en su muerte fuimos bautizados." El hombre viejo y pecador, el hombre carnal, el viejo Adán en nosotros ya está sentenciado a muerte. Ha sido herido con un golpe mortal. El abrazo mortal de la muerte lo tiene dominado. Ha sido entregado a la muerte, con sus concupiscencias y lascivias, con sus envidias y crueldades, con sus mezquindades y engaños. Está muerto. Debe ser enterrado. Bien podemos consignarlo al gusano de la destrucción, al fuego vengador, sin estremecimientos, sin temor alguno. Pues ahora no nos pertenece. Nos lo hemos quitado de encima y estamos libres de él. Estamos en el Espíritu. Hemos pasado al otro lado. Ahora, incluso ahora, mis queridos hermanos, somos hijos de Dios; contamos con su Espíritu que nos dice: "Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en Mí, aunque muera, nunca morirá, sino que vivirá. Y el que así vive y cree en Mí, no morirá jamás."

Erguíos sobre la Palabra Fuerte. Con su fortaleza incluso ahora podéis aprovecharos de los días que os quedan para enterrar lo que ya está muerto. Podéis desnudaros de las vestiduras colgantes de la decadencia, los engaños del mundo, de la carne, del demonio. El Espíritu ¿no os ha arguido de pecado? ¿Acaso no os ha mostrado aquella cosa mortal que debe ser desarraigado? Bajo esta luz, en este Pentecostés, conocéis vuestro pecado, vuestro pecado personal, el pecado que yace condenado.

Bueno, entonces, dejad partir este pecado. Desarraigadlo. Cortadlo. Enterradlo. Quemado. Morid a él. Matadlo. Bien podéis, pues sois hijos de Dios y el espíritu de la filiación hará su buena obra en vosotros.

En ti, en tu interior, matará aquello que ofende. Matará dentro tuyo aquel pecado que es el único aguijón de la muerte. Expulsará aquel diablo dentro tuyo cuyo único poder procede de la muerte. Te suministra el arma apropiada. Confía en la espada del Espíritu. Ríndete ante Él. Deja que las cosas muertas se vayan y aférrate a la vida. Purifícate como que así lo mandó Aquel que es Inmaculado. Y entonces lo viejo se desprenderá de ti, y comenzará la maravilla nueva. Encontrarás que ya has pasado de la muerte a la vida y más adelante se te abrirán raras perspectivas que están más allá de lo que tu corazón puede concebir. Pues "aún no se ha manifestado lo que serás."

Sólo que, de alguna manera, cobrarás conciencia de lo que podría significar esto de parecerse más y más al Señor Jesús al que adoras, a medida que te abismes en la maravilla infinita de una sorpresa que siempre va en aumento mientras aprendes a verlo tal cual Él es.

* * *